

# NARRATIVA SIRIA CONTEMPORÁNEA

Relatos

de

SÁMAR YÁSBEK, HÁTEM ALI, MAYYA ARRABHI, ÁHMAD OMAR, MAHMUD ABDELWÁHED,  
HASAN YÚSEF, SAHIBÁN SAWWAH, YAMIL HÁTMAL, YAMAL SAÍD, COLETTE NAÍM BAHNA,  
ÁHMAD ISKÁNDAR SULEIMÁN, ALI ABDALÁ SAÍD, IBRAHIM SAMUEL,  
WÁEL SAWWAH, BASSAM KUSA, NÁZEM MUHANNA Y NAJM ADDÍN ASSAMÁN

EDICIÓN DE  
INGRID BEJARANO ESCANILLA  
&  
ISABEL HERVÁS JÁVEGA



CURSO DE TRADUCTOLOGÍA Y TRADUCCIÓN LITERARIA  
DEL ÁRABE AL ESPAÑOL  
SEVILLA

## ÍNDICE

PRÓLOGO	3
AMIGAS <i>Por SÁMAR YÁSBEK</i> Trad.: Natalia Macías Román	7
LA ALAMBRADA <i>Por HÁTEM ALI</i> Trad.: Mouna Ibrahim Sánchez	13
UN DÍA EN LA VIDA DE UNA PROFESORA UNIVERSITARIA <i>Por MAYYA ARRAIBI</i> Trad.: Rosa Salgado Suárez	25
JAPONESES Y TURCOS O EL PROYECTO DEL CAMBIO CLIMÁTICO <i>Por AHMAD OMAR</i> Trad.: Juan Carrillo Baena	31
MI HERMANA <i>Por MAHMUD ABDELWÁHED</i> Trad.: Rosa Salgado Suárez	49
EL CABO GADBÁN <i>Por HASAN YÚSEF</i> Trad.: Eva Sáenz de Jubera Martínez	55
TRES HOMBRES Y UNA MUJER <i>Por SAHBÁN SAWWAH</i> Trad.: Marta Romero	65
LA LENGUA DE LA TÍA NEVADAS <i>Por YAMIL HÁTMAL</i> Trad.: Natalia Macías Román	75
AQUELLA NOCHE <i>Por YAMAL SAÍD</i> Trad.: José Francisco Durán Velasco	81

**MI HERMANA**

MAHMUD ABDELWÁHED

*Trad.:*  
Rosa Salgado Suárez

C IERTO día vi cómo un chaval le tiraba con fuerza del pelo a mi hermana, para lo cual incluso se lo había enrollado alrededor de la mano. El chico la miraba con visible placer mientras ella cerraba los ojos de dolor sin oponer resistencia alguna. Me puse rojo de ira y me fui hacia ellos al tiempo que le gritaba al chico:

—¡Eh, tú! ¡Déjala ahora mismo!

En vez de hacerlo me miró desafiante y despectivo, sin soltarla. Intenté empujarlo para separarlos, y lo conseguí, porque en un rápido e inesperado movimiento la soltó para abalanzarse sobre mí dándome tal bofetón que me tambaleé y me caí. Sólo entonces se fue tranquilamente, y tras haberlo hecho se volvía satisfecho para lanzarme miradas de triunfo que mostraban hasta qué punto estaba disfrutando con aquella fácil victoria.

Mi hermana se acercó a mí y mientras me ayudaba a levantarme del suelo me sacudía el polvo de la ropa. Luego se sacó un pañuelo blanco al verme un hilillo de sangre en la nariz y lo limpió, mientras me acariciaba el pelo con delicadeza y ternura a la vez que miraba al chaval con unos ojos que eran puro fuego.

Yo tenía catorce años y mi hermana, por aquel entonces, uno menos. Digo «por aquel entonces» porque ahora es veinte años menor que yo: murió antes de cumplir los quince debido a una extraña enfermedad de la que nadie sabía nada, ni tampoco el médico del barrio. Era muda de nacimiento y no emitía sonido alguno, ni siquiera ese balbuceo ininteligible que hacen los sordomudos. Yo la quería con toda mi alma, porque era para mí como

mi madre "la pequeña" cuando mi madre "la grande" no estaba; y es que ésta se pasaba las jornadas de sol a sol en la fábrica textil trabajando como una mula para que tuviéramos algo que comer y para que yo pudiera estudiar. Eso es lo que tuvo que hacer después de que mi padre se fuera con nuestra vecina la viuda a Dios sabe dónde...

En las largas horas en que mi madre se ausentaba de casa, mi hermana era la que lavaba la ropa, barría el suelo, fregaba los platos, incluso ella era la que cocinaba, y a decir verdad, me gustaban más sus comidas que las de mi madre. Al terminar sus tareas solía irse a la plazoleta y allí se sentaba entre las abuelas en uno de aquellos poyetes de piedra contruidos a modo de bancos en las fachadas de las casas. Una vez que se había sentado con ellas las imitaba inclinando la espalda hacia delante, y poniendo las manos sobre el regazo fruncía el entrecejo, como si estuviera absorta en los recuerdos de épocas pasadas. Nada la apartaba de aquel banco salvo la caída de la tarde, un fuerte chaparrón o el correteo y el bullicio de los chiquillos a su alrededor para burlarse y meterse con ella por ser muda. Y eran las viejecitas —o yo mismo, si estaba presente— las que regañaban a los niños y los alejaban, porque mi pobre hermana simplemente se levantaba y se iba a casa para ponerle punto final a esa situación.

Sin embargo, aquel día y por vez primera el asunto hizo que llegáramos a las manos; y lo que más rabia me daba era que aquel mocoso, a pesar de ser uno o dos años menor que yo, me hiciera morder el polvo. Es verdad que era más alto y más fuerte, aunque en mi opinión eso no justificaba el que me hubiese derrotado...

Después de la escuela —y si no tenía ningún deber pendiente— solía ir a un centro deportivo que había próximo a mi casa para jugar al fútbolín o al ping-pong; sin embargo, hasta entonces yo no le echaba más que un rápido vistazo al resto de las actividades que allí se realizaban. Pero después de aquella pelea comencé a fijarme en los boxeadores y en los luchadores mientras se entrenaban, y siempre que tenía oportunidad intentaba practicar y aprender de ellos. Así me fui animando, y empecé a pasarme también por la sala de pesas para desarrollar los músculos y robustecer el cuerpo.

Tras un período de tiempo no muy largo llegó por casualidad el momento de la venganza que tanto había esperado. Un día cuando regresaba de la escuela a mi casa vi de nuevo al rapazuelo agarrando a mi hermana del brazo, y como la vez anterior, ella cerraba los ojos de dolor mientras intentaba forcejear con él. Entonces tiré al suelo mi carpeta y me acerqué a ellos. No es que ya me hubieran aumentado los músculos, o que mi experiencia en la lucha fuera mayor que la de un principiante, pero por poco que fuera lo que había practicado y aprendido era más que suficiente como para hacerme tener más confianza en mí mismo, a lo que se añadían el odio y el rencor que poco a poco se iban agolpando en el corazón. En cualquier caso, me acerqué a él y sin mediar palabra le di un mamporro en la cara seguido de otro golpe en el pecho, y para finalizar le propiné una patada en el estómago que lo hizo encorvarse de dolor. Entonces huyó arrastrándose por el suelo, digiriendo como podía la amargura de la derrota.

Me puse en jarras, ufanamente plantado en el suelo frente a él, y me volví con orgullo hacia mi hermana para comprobar cómo ella también se sentía satisfecha de mí, pero cuál no fue mi sorpresa cuando la vi volverse y dirigirse a donde estaba el muchacho. Se inclinó sobre él, le sacudió el polvo de la ropa y sacó su pañuelo blanco para limpiarle la sangre del labio herido, todo ello sin dejar de acariciarle el pelo con delicadeza y ternura mientras a mí me miraba con unos ojos que eran puro fuego.